

# La Transparencia de la Pobreza: Reflexión sobre lo Íntimo y lo Privado en Intervenciones Psicosociales con Grupos Familiares que Viven en Situación de Pobreza y Exclusión

Transparency of Poverty:  
Reflection on the Intimate and the Private in  
Psychosocial Interventions at Family Groups Living in  
Poverty and Exclusion

## AUTOR

**Matías Marchant**

Psicólogo, Magíster en Filosofía.

Corporación Casa del Cerro, Programa de Acompañamiento Familiar.

Universidad Alberto Hurtado.

[matiasmarchant@gmail.com](mailto:matiasmarchant@gmail.com)

**Romina Petersen**

Psicóloga, Estudiante Programa Magíster en Psicología Clínica de Adultos de la  
Universidad de Chile.

Corporación Casa del Cerro, Programa de Acompañamiento Familiar.

[romi.petersen@gmail.com](mailto:romi.petersen@gmail.com)

**CITACIÓN** Marchant, M. & Petersen, R. (2014). La Transparencia de la Pobreza:  
Reflexión sobre lo Íntimo y lo Privado en Intervenciones Psicosociales con Grupos  
Familiares que Viven en Situación de Pobreza y Exclusión. *Revista Latinoamericana  
de Psicología Social Ignacio Martín-Baró*, 3(1), 175-188.

**Recibido:** 23 de agosto de 2013

**Aceptado:** 27 de julio de 2014

**RESUMEN** El presente artículo propone describir un fenómeno que hemos  
llamado la *transparencia de la pobreza* identificado en personas que son o  
han sido sujetos de prácticas de apoyo e intervención psicosocial,  
específicamente aquellas que se encuentran insertas en el sistema de  
protección de la infancia en Chile. En el fenómeno de la *transparencia*, los  
sujetos intervenidos experimentan la pérdida de la intimidad, disipándose  
los límites entre lo que es considerado privado y lo público. Se concluye que  
las prácticas de intervención psicosocial tradicional favorecen este tipo de  
experiencias en donde los sujetos ven expuesta su intimidad para ser

beneficiarios del apoyo de los organismos del Estado. Finalmente, se proponen prácticas de intervención psicosocial que puedan favorecer la protección de los espacios íntimos por medio de intervenciones que tienen por base el resguardo y valoración de las historias singulares por sobre la homogenización de la experiencia y la invasión de la intimidad.

**PALABRAS CLAVE** Transparencia, intimidad, pobreza, historia.

**ABSTRACT** This article aims to describe a phenomenon that we call *transparency of poverty* identified in persons who are or have been subject of practical support and psychosocial intervention, specifically those that are embedded in the system of child protection in Chile. In the phenomenon of *transparency*, the intervened subjects experience the loss of privacy, dissolving the boundaries between what is considered private and public. We conclude that traditional psychosocial intervention practices favor this type of experience in which subjects are exposed in their privacy to be beneficiaries of the support agencies. Finally, we proposed psychosocial intervention practices that may favor the protection of intimate spaces through interventions that are based on the receipt and appreciation of singular stories above the homogenization of experience and invasion of privacy.

**KEYWORDS** Transparency, intimacy, poverty, history.

#### TABLA DE CONTENIDOS

1. Introducción
2. Sobre el concepto de transparencia
3. Propuesta: una aproximación histórica
4. Referencias

### 1. INTRODUCCIÓN

La Corporación Casa del Cerro es una institución que hace 15 años realiza intervenciones psicoterapéuticas en contextos de vulnerabilidad o exclusión. Ubicada en la población Huamachuco II, comuna de Renca, la organización realiza un trabajo de escucha terapéutica que tiene como eje central el respeto por la historia y la memoria de todos aquellos que, de algún modo u otro, forman vínculos con nosotros. A diario nos encontramos con historias de sufrimiento, violencia, abuso y exclusión que nos interpelan profundamente, y nos llevan a cuestionarnos constantemente sobre la ética y la motivación de nuestra intervención. Por este motivo, el trabajo no es ni desafectado ni neutro, al contrario, planteamos un ejercicio de la psicología que tenga como base un trabajo de historización que es compartido. Pensar una intervención terapéutica

con estas características nos demanda mantener siempre una actitud reflexiva y crítica frente a nuestro propio trabajo, debido a que en ocasiones el ejercicio de la psicología y de otros saberes cercanos a la medicina y las ciencias sociales, se constituye sin que los profesionales puedan notarlo, en intervenciones que resultan altamente violentas para quienes las reciben.

Dentro de las líneas temáticas que hemos abordado se encuentra la intervención con niños que se encuentran internos en hogares de protección colaboradores del Servicio Nacional de Menores (SENAME). A través de un dispositivo de acompañamiento terapéutico, que tiene como base una orientación psicoanalítica, se trabaja con los niños principalmente en torno a dos experiencias que resultan altamente dolorosas y perjudiciales: la separación de sus familias de origen y la experiencia de institucionalización. Es decir, es también un trabajo de historia y memoria, en instituciones donde lo que reina es el anhelo por el olvido. Nos preguntamos ¿Quién es este niño, quién es su familia y por qué está aquí? Poco a poco las familias de origen fueron apareciendo en escena y se nos hizo necesario pensar un dispositivo que les permitiera a ellos tener también la posibilidad de realizar un trabajo de reparación. Es así que se origina el Programa de Revinculación, Reparación y Acompañamiento Familiar que tiene como objetivo trabajar con los grupos familiares que tienen a un niño en un hogar de protección del Estado.

Iniciamos la intervención con el siguiente diagnóstico: hay muchas familias que no tienen la oportunidad de realizar un trabajo serio y comprometido que les permita pensar los aspectos que dieron lugar a la medida de protección sancionada por tribunales de familia y que implicó la separación de su(s) hijo(s). Tomamos contacto con 4 hogares de protección de la Región Metropolitana e invitamos ahí a 40 familias a participar de nuestro programa de forma voluntaria. La mayoría de las familias pertenecía a un sector socioeconómico bajo, muchos de ellos con trabajos inestables muy mal remunerados, algunos, incluso, sin domicilio estable y con problemáticas complejas como el alcoholismo, la drogadicción y la violencia. Nos sorprendió el hecho de que la mayoría de ellos vivía en poblaciones muy alejadas del hogar al cual sus hijos habían sido enviados, por lo cual debían recorrer importantes distancias para visitarlos. Muchos de ellos habían pasado por diversas instituciones tales como OPD, CEPIJ, COSAM, CEANIM, entre otras, sin haber podido salir de la dinámica en la que se hallaban insertos. En las primeras entrevistas aparecían con nitidez y expresamente sentimientos de rabia, injusticia e impotencia contra un sistema que no había podido ayudarlos. Más aún, en ocasiones señalaban sentirse violentados, desnudos y obligados a participar de instancias que para ellos no resultaban para nada terapéuticas.

Los primeros encuentros se llevaron a cabo dentro de las mismas instituciones, mientras las familias visitaban a los niños. Sin embargo, la experiencia nos fue mostrando que el trabajo que se podía realizar durante el momento de visitas en el hogar era muy limitado debido a que los familiares no sentían la libertad para hablar sobre aquello que les acontecía, sobre todo de aquellos puntos negativos que podrían competir con la posibilidad del egreso del niño al hogar familiar. Observábamos que, quizás, en cierto modo, querían guardar información e historias que se oponían a lo que los agentes del estado y del sistema de protección calificaban como negativo o indeseable. Con el ánimo de abrir una conversación que parecía estar restringida a sólo lo que es “bueno”, se les propuso entonces un trabajo que tendría lugar en el exterior de la institución. La consigna era pensar junto con las familias un lugar donde pudieran sentirse cómodos y en confianza. Los espacios fueron escogidos por ellos: unos eligieron la plaza, otros sus casas, otros sus lugares de trabajo. Así, a cada acompañante terapéutico de estas familias le tocó recorrer un camino inverso al que realizaban los familiares en sus visitas al hogar, con una frecuencia semanal o quincenal. Fuimos a los lugares en donde se despliega su cotidianidad. Optamos explícitamente por no invitar a los grupos familiares a centros de salud mental o de atención psicológica dado que esto obedecía a la misma lógica una intervención en el propio espacio y en el propio tiempo de terapeuta. La idea fue conocer los lugares, los tiempos, los olores, los sabores y el entorno de aquellos que eran sujetos de la intervención.

En sus casas, en sus lugares de trabajo, en plazas, en centros de afluencia pública (paraderos, centros comerciales, ferias libres, entre otros) intentamos escuchar un nuevo relato –distinto a las intervenciones psicosociales tradicionales- acompañado por las circunstancias que se vinculaban a su diario vivir. Una vez en sus espacios, nos encontramos sorpresivamente con un tipo particular de experiencia que las intervenciones previas parecían haber promocionado, sin proponérselo activamente o sin siquiera haberlo notado: la experiencia de la *transparencia*, es decir de la falta total de límites. Sin conocernos, las familias nos relataban historias que hablaban de su intimidad sexual, afectiva, amorosa. Impresionados por ello, nos planteábamos que no existía en su discurso la diferencia entre lo público y lo privado, lo profundo o lo superficial. Sus pensamientos parecían estar expuestos para nosotros sin haberlo pedido o solicitado. En todo orden de cosas la pobreza parecía estar vertida afuera puesto que la carencia de recursos pasaba por escuchar en un mismo nivel los amores y desamores, la sexualidad, los odios y las tragedias familiares. Del mismo modo, nuestros usuarios no parecían distinguir con claridad aquello que es una experiencia íntima o privada, ya que sin pedírselos nos comunicaban más de lo que nos interesaba. Queríamos saber sobre el trabajo, sobre su barrio, sobre sus intereses y los propósitos en relación a sus hijos. Estábamos dispuestos a construir, con tiempo y paciencia, un espacio de confianza y vinculación terapéutica que

permitiera hablar también de aquello que es difícil y doloroso. Pero antes que esa relación terapéutica pudiera establecerse, las familias se desnudaron ante nuestros ojos sumisas, asumiendo que todo lo que acontecía en sus vidas, por muy privado que fuera, debía ser comunicado.

## 2. SOBRE EL CONCEPTO DE TRANSPARENCIA

Unas de las constataciones más interesantes que nos ha tocado apreciar en el trabajo con estos grupos familiares es el fenómeno que hemos denominado *la transparencia de la pobreza*. Lo que nos ha permitido pensar en este concepto es la falta de límites que existen en los sectores más postergados de la sociedad, en relación a espacios que delimiten con claridad lo que es de la esfera privada y lo que es del ámbito público, ya que no distinguen entre la información que puede ser de uso público y aquello que excede y traspasa los límites de las decisiones personales. Las evaluaciones y las intervenciones que nos ha tocado apreciar dentro de la red de protección se estructuran tal como si los sujetos de la intervención fueran y tuvieran que ser transparentes a los ojos del profesional que trabaja con ellos. Los diagnósticos con los que nos encontramos frecuentemente se hacen suponiendo que las intenciones, incluso las que se ocultan activamente, son claramente visibles para el evaluador. Así, las personas tienen la impresión que no pueden ocultar nada, que deben mostrarse por completo. Nos ha sorprendido apreciar en las intervenciones psicosociales más habituales que éstas se realizan con el objetivo de regular las relaciones afectivas entre las personas, estableciendo a quién se debe amar y a quien no, en quién se puede confiar y en quién no, qué vínculos familiares es necesario mantener y cuáles no. Nuestro trabajo quiere mostrar, en primer lugar, las características del fenómeno y, en segundo lugar, modos o formas en que se puede salir de esta lógica de invasión de la intimidad para construir intervenciones que puedan retomar y recoger las historias propias como fuente de nuevos vínculos con el otro. Vemos la oportunidad de pensar en nuevas prácticas de intervención psicosocial como otro modo de establecer lazos con la historia y con el otro.

El recorrido realizado hacia los lugares cotidianos de las familias fue un gran insumo para pensar cómo la intimidad de estas personas era violentada en muchos niveles. Primero, porque el bus que se dirige a una población tiene un torniquete para impedir el paso sin pagar, luego, porque los controles para identificar a quienes han pagado o no se vuelven frecuentes. En el camino se escucha con fuerza y frecuencia la música o las conversaciones de otros. A medida que nos acercábamos, la ciudad comenzaba a tornarse de un color más opaco y gris, los árboles y su sombra son sustituidos por postes de luz, cables eléctricos a la vista y un asfalto que, en verano, quema los pies. Este trayecto expone una forma de habitar la ciudad en donde los ciudadanos se vuelven, en ciertos contextos, objetos

de la desconfianza del otro y de los organismos del Estado (policía, salud, protección). Se entiende que esta falta de confianza está sustentada en los necesarios resguardos de la acción estatal de proteger y dar beneficios a quienes de verdad lo necesiten. Lo que ocurre es que para determinar esto se traspasan todos los límites de la esfera íntima, de lo propio y de lo singular que no debieran considerarse –a nuestro juicio– en una intervención de carácter público y estatal. Esto lleva a una política de la “transparentización” del otro, la exposición de la identidad, de la voluntad, del hogar. No pueden haber espacios de sombra porque ahí se puede esconder el peligro, se hace necesaria la luz, tanta luz como la que pudiera hacer una radiografía de los propósitos del otro. La inseguridad en los barrios marginales se quiere vencer con mucha luz, con espacios abiertos a la visión del otro, con cámaras. Los servicios sociales y médicos develan con facilidad las intenciones del otro, ponen bajo sospecha a sus usuarios y los interrogan de un modo muy distinto que a quienes vienen de una situación más acomodada. La inseguridad busca nuevos espacios de confianza, sin embargo la operación de la transparentización no gana confianza, solo refuerza la sensación de la falta de información del otro.<sup>1</sup>

Para llegar a la casa de los grupos familiares o bien al trabajo no sirven ya las indicaciones de la dirección, pues los letreros públicos de los nombres de las calles, así como de los números de las casas, son casi inexistentes. Entonces, resulta que al final del camino es necesario guiarse a través de las preguntas a las personas en el paradero, a los dueños de pequeños negocios o a los jóvenes que están en una esquina. Los vecinos parecían saber que los íbamos a entrevistar porque claramente no era la primera vez que han sido visitados por un trabajador social o un psicólogo. Ya se sabía que uno de los niños no vive con ellos, sino que está en un hogar. Los vecinos son otro par de ojos más, las familias también eran transparentes a la comunidad. La vida en la población se desenvuelve más en un “sitio” que en una vivienda propiamente tal. Se han construido en él varias mediaguas o bien pequeñas casas de madera con divisiones entre ellas que sólo señalan pasillos estrechos. En ocasiones, se comparte el baño del sitio o bien el agua, que no llega a todas las viviendas por igual. Los ruidos entre las casas se comparten con el resto. Los animales domésticos dejan de tener dueños, son de todos y de nadie.

Al interior de la casa, los espacios son pequeños, las habitaciones no siempre se diferencian claramente de los espacios comunes o, mas bien, todo es un espacio compartido: la pieza es el comedor y la cocina al mismo tiempo. Las puertas se sustituyen en algunos casos por frágiles cortinas. Las

---

<sup>1</sup> Dice Han en su libro *La sociedad de la transparencia* lo siguiente: “La confianza solo es posible en un estado medio entre saber y no saber. Confianza significa: a pesar de no saber en relación con el otro, construir una relación positiva con él. La confianza hace posible acciones a pesar de la falta de saber. Si lo sé todo de antemano sobre la confianza. La transparencia es un estado en el que se elimina todo no saber” (Han, 2013, p.70)

viviendas sociales -así como las mediaguas- fueron diseñadas bajo esta misma lógica: ellas mismas no proveen de intimidad, no dejan espacio para ocultar algunas de sus acciones o intenciones. En estos, sus espacios, las familias vierten sus modos de ser, sus modos de relacionarse, aquello que aman y aquello que detestan. Frecuentemente acumulan gran cantidad de objetos, sin separar aquellos que simbolizan algo de su historia de aquellos que sólo están de paso, así, la ropa, los juguetes y la comida se mezclan con restos de artefactos en desuso.

Proponemos la siguiente metáfora: el modo en que abren las puertas de su casa es el modo en que se abren ellos mismos. Cuando comenzamos a ir a los domicilios, las familias nos invitaban a pasar al baño, a la pieza, a la cocina, para que viéramos que “todo estaba en orden”. Intentamos situar que si estábamos en sus casas no era para evaluar el modo en que vivían, sino que queríamos conocerlos de la manera en que se quisieran presentar, no queríamos develar nada de lo que desearan se mantuviera alejado de nuestra conversación. Queríamos dar la posibilidad de un encuentro en el cual se compartieran historias libremente, así mismo, queríamos posibilitar el misterio. No obstante, las familias se comportaban como si nada pudiera quedar en secreto, es decir, se mostraban transparentes.

Las intervenciones psicosociales tradicionales o más habituales -realizadas antes- llegaron a develar aquello que es íntimo para cada grupo familiar y no se encontraron con muchas barreras para llegar a tal nivel de profundidad. En este sentido, estas casas son metáforas de una experiencia psíquica: cuando vino el “profesional”, lo dejaron entrar para que revisara todo, para que evaluara todo. Así, cuando llegamos nosotros, parecían decirnos: “La casa está abierta, revísenla”, como queriendo decir “nuestros pensamientos también están abiertos, revísenlos” ¿Querían efectivamente ser *transparentes* o es que no sabían ya cómo defenderse? Nos llamó profundamente la atención esta falta de resistencia a la mirada del Otro. Aprendieron a mantener sus brazos abajo mientras fueron despojados de las ropas que sostenían su intimidad. Ropas que fueron arrancadas a veces a tirones, otras veces botón por botón, pero quitadas finalmente. La violencia de este acto no tiene que ver con la intensidad con la cual se desnuda al otro, sino con el acto mismo que no ha sido previamente autorizado por quien se ve expuesto.

Por experiencia previa de las intervenciones psicosociales, las familias aprendieron que no hay posibilidades de intimidad, en visitas anteriores trabajadores sociales inspeccionaron -y no podría ser de otro modo- todos los espacios del hogar. En esta área de trabajo -dentro del sistema proteccional- comúnmente se realizan observaciones en relación a la higiene, el orden, los olores, entre otros elementos. Las personas son evaluadas por psicólogos por medio de test proyectivos que, de cierto modo, desnudan su intimidad e intenciones a través de un acto que les

resulta ajeno y extraño. Las intervenciones de control social tradicional aplican instrumentos que, más allá de lo que pueden declarar ellos mismos, son los que en definitiva dicen la verdad que los sujetos de la intervención no pueden o no se atreven a decir, o que, incluso, la desconocen. El asunto puede ir más allá, en la experiencia de la *transparencia*, la evaluación puede predecir lo que ocurrirá, el amor que le tendrán a sus hijos y la protección que les brindarán.

Los profesionales que trabajan en dichas intervenciones se encuentran al final de su camino con algo que para ellos resulta terriblemente horroroso: el horror se produce porque se encuentran con algo que no comprenden, algo que se muestra como inexplicable, falta de sentido, falta de contexto, falta de historia. Se encuentran con una desfiguración de las subjetividades que poco y nada les sirve para ayudar genuinamente al otro, pues en la experiencia de la *transparencia* lo que queda del otro son aspectos fragmentados, sin sentido, inconexos, inexplicables. La violación de la intimidad quizás produce una enfermedad nueva en los sujetos evaluados (grupos familiares): el desorden, la precariedad, la incomprensión, la falta de historización de lo ocurrido. Todo entra y sale con violencia. Sin sentido. La intimidad no tiene lugar en las políticas públicas "El imperativo de la transparencia hace sospechoso todo lo que no se someta a la visibilidad. En eso consiste su violencia" (Han 2013 p.22).

Es en estas casas donde inicialmente se desarrolla una conversación semana tras semana que tiene estas mismas características, es decir, un hablar que no tiene límites en relación a la intimidad. No existe una narración privada o íntima. Por el espacio circulan los niños, otros habitantes de la casa y el diálogo continúa sin interrupción, las historias versan sobre temas comunes: la infancia, experiencias de violencia, separaciones, muertes y mucho dolor asociado a la pérdida del hijo o al periodo en que estuvo en el hogar. El trabajo entonces debió enfocarse en aprender a construir junto a estas familias un espacio de intimidad que hasta entonces les había sido arrebatado.

Nos encontramos con familias donde no había espacio para las relaciones afectivas, no había lugar para el encuentro amoroso e íntimo, tanto en el discurso, como en espacios que puedan propiciar aquello. Sorprende que, en algunas ocasiones, las indicaciones de los equipos psicosociales pasen por la ruptura de lazos afectivos o la conformación de otros nuevos como si fueran armables y desarmables a voluntad. En la intervención psicosocial encontramos también un refuerzo de la invasión del espacio privado. Esta situación es muy particular no sólo porque se repite en casi todas las intervenciones familiares, sino que, además, impresiona la fuerza, la seguridad y la certeza con la cual los equipos técnicos exigen a los familiares "que aprendan a tener relaciones sanas", lo cual se traduce en "relaciones utilitarias". Dentro del grupo familiar



encontramos a personas que, por su falta de recursos y por haber sido sistemáticamente expulsados del orden social, presentan problemas de drogadicción, de alcoholismo o de comercio sexual. Son las formas que ellos han encontrado para sobrevivir. Los equipos técnicos piden a las familias que excluyan del grupo a estas personas (que son parte de su familia y de su vida) por no ser personas útiles. Encontramos aquí un intento importante por manejar las relaciones afectivas de los otros, relaciones que pertenecen al ámbito de lo privado.

En conclusión, podemos decir que estos grupos familiares han vivido la *experiencia de la transparencia*, en donde se perdieron los límites de lo público y lo privado, lo interno y lo externo, lo amoroso y lo contractual, lo superficial y lo profundo, y las intervenciones psicosociales, en ocasiones, parecen reforzar esta experiencia. Los espacios de la pobreza son considerados como si fueran públicos, el hogar no designa la morada, el pensamiento y las intenciones son expuestos descarnadamente a los servicios sociales quienes han pensado que esta es la forma en que se puede asegurar el éxito y la justicia de la intervención. Estos grupos familiares están puestos a prueba y lo que se evalúa son sus motivaciones por más que ellos mismos las desconozcan.

La *transparencia* es un fenómeno asociado a la vivencia de la exclusión o de un contexto desfavorecido económicamente. De ahí que se nos plantea un nuevo desafío, un trabajo que apunte a la creación de espacios propios, de lugares de intimidad como lo es el encuentro amoroso. Que las intervenciones propicien una intimidad que no es individualismo o soledad, sino espacios de encuentros entre sí, pero al mismo tiempo la creación de espacios públicos en donde la comunidad pueda encontrarse en igualdad de condiciones, dispuestos a pedir y recibir ayuda, sostener y ser sostenido, apoyar y ser apoyado. La reactivación del lazo social, antes fragmentado, requiere primero de una vinculación íntima con otro que esté disponible y dispuesto a la confidencialidad, en donde pueda haber lugar para la oscuridad sin por ello perder la confianza. La reparación del lazo social pasa por el vínculo terapéutico con el acompañante de estos grupos familiares que intenta armar ese espacio de intimidad y el retorno de la confianza.

La pobreza económica, al ser institucionalizada como un área en donde el Estado debe intervenir, ha llevado a los equipos que trabajan ahí a una situación muy compleja, pues intentando brindar apoyo y protección, se somete a sus sujetos a una experiencia similar a las de las instituciones totales descritas por Goffman (1970). Los organismos uniforman sus prácticas sometiendo a sus usuarios a la misma experiencia, independiente del agente que la ejecuta. Siempre se consultan las mismas cosas, se les cuestiona y se les interpela en su responsabilidad por lo ocurrido. Se repiten las frases "me han preguntado esto otras veces", "ya me han dicho que

tengo que hacer esto”, “la señorita que vino la otra vez me dijo lo mismo”. La uniformación de la experiencia no necesariamente implica coherencia, sino, más bien, puede llevar a una “desubjetivación” y a una intervención fuera de las historias singulares. La información de los grupos familiares circula libremente en fichas así como entre quienes participan de la intervención. Libremente se dispone de la información de las veces que han ido al médico, los profesionales que han consultado y los diagnósticos entregados. La información social es transmitida de boca en boca, en los tribunales de familia se habla abiertamente de los procesos terapéuticos y de la biografía de los sujetos intervenidos, los vecinos complementan la información con el rumor. El rumor pasa a ser una fuente de información relevante y su participación en las distintas instancias comunitarias es estrechamente observada. Las fichas y los informes circulan libremente por medio de la red, sin filtros y sin ocultar identidades. El principio de confidencialidad parece no regir en estas circunstancias.

En la intervención tradicional con grupos familiares que viven en situación de pobreza las motivaciones, el origen o las causas son uniformadas en un par de acontecimientos que se repiten: violencia intrafamiliar, maltrato infantil, marginalidad, consumo de drogas, negligencia, entre otros. Así, todo se explica rápidamente, casi cualquier cosa tiene su origen en estos factores discernidos, todos reconocen allí el problema y su solución pasa simplemente por la supresión de estos factores homogéneamente causales. No hay espacio para la diferencia, no hay lugar para lo que es particular de cada caso. Los profesionales se transforman en *develadores de las identidades ocultas* de estos grupos familiares, donde el factor causal tiene más importancia que la biografía que los diferencia. Dice Han “La sociedad de la transparencia es un infierno de lo igual” (Han 2013 p. 3).

Un ejemplo de la *transparencia* lo podemos ilustrar con un relato casi delirante de un grupo familiar a partir del regreso de su hijo al hogar. Comentaron al acompañante terapéutico que se sentían expuestos en su barrio. Contaron que los vecinos fueron quienes llamaron a los carabineros cada vez que escucharon llorar a sus hijos. Entonces, prefirieron llamar ellos mismos a carabineros cuando su hija mayor lloraba. La madre nos contó: “Sinceramente, nos da miedo que aparezcan y que nos vuelvan a quitar a los niños”. Preferían acusarse ellos mismos que ser acusados por otro, el otro parecía omnipresente. Todo indicaba que el otro había perforado su existencia ¿Cómo pueden los sujetos sostenerse por ellos mismos en estas condiciones? Para esta familia, la consecuencia fue la aparición de un delirio que se construyó en torno a la evaluación de la cual eran objeto, fase perversamente llamada “etapa de seguimiento”. El padre nos contó:

Hay una camioneta que siempre nos está siguiendo. La otra vez yo me fui a tomar una cerveza, y se bajó del auto un tipo que me dijo que era de fiscalía. Él me preguntó qué estaba haciendo yo, que por qué me estaba

tomando una cerveza. Esa camioneta la envió el hogar y me sigue a todos lados. Está en la feria cuando estoy trabajando. En la noche afuera de la casa. En el día, en el almacén. La otra vez alcancé a anotar la patente, para mostrársela a Ud., pero se me perdió. Yo estoy aburrido ya... ¿por qué me siguen tanto? ¿Cómo es posible que estén constantemente siguiéndome? ¿Qué hice? ¿Por qué no me dejan en paz? ¡Ya basta! Es el equipo del hogar, esa señorita, que ha mandado la camioneta a seguirme.

Vemos con claridad, en este ejemplo, que tomar cerveza no es para ellos un acto privado, sino público y condenable, el llanto de los niños los acusaba a ellos de su "negligencia". Su pobreza era la materialización de su falta de preocupación por el otro. Posiblemente esto es una experiencia prolongada en el tiempo e, incluso, se puede decir que proviene desde los orígenes mismos de la experiencia de privación económica. La existencia marginal tiene esta característica de no tener límites, de no poder cerrar la puerta contra la violación de la intimidad. La pobreza se caracteriza por pedir a cada instante una certificación de identidad, lo que se traduce en el hecho de que las personas están habituadas a presentarse a través de documentos de identidad y ya no por sí mismos. Su existencia no adquiere consistencia sino es a través de los documentos que acreditan su existencia y exponen sus antecedentes de forma pública.

La *transparencia* antes descrita no es una necesidad de las intervenciones en la pobreza, en absoluto que no, se trata de un terrible entendimiento de la psicología y el trabajo social como un procedimiento de develación de las identidades ocultas de quienes son objeto de las políticas del Estado. Como si la certificación de la calidad y la justicia de la intervención fuera este hecho de poder descubrir lo oculto de la pobreza, que ya no es la falta de iniciativa, sino la biografía que comienza en la infancia con lo ya sabido. La pobreza es la historia homogénea de cientos, sino de todos, marcada por la violencia, el abuso y la negligencia. La necesidad de la intervención solo podrá ser certificada por esta irrupción de la intimidad para asegurar que no serán malgastados los recursos del Estado.

### 3. PROPUESTA: UNA APROXIMACIÓN HISTÓRICA

Frente a esta práctica relativamente habitual de la psicología en contextos de exclusión, creemos que se podría plantear la existencia de otros enfoques que puedan competir o poner de relieve otras dimensiones de la intervención con familias vulneradas y/o excluidas en contextos de marginalidad. La pobreza no tiene por qué transformarse en una experiencia homogénea, como lo son las viviendas sociales, los sistemas de puntuación para acceder a los beneficios sociales o los signos que se deben cumplir para acceder a una atención en salud mental. La justicia no debe

confundir la igualdad de oportunidades con la *homogenización de la experiencia*.

Quisiéramos proponer la posibilidad de pensar en intervenciones que puedan dar lugar a la intimidad, que permitan la diferenciación de aquellos contenidos biográficos que pueden ser públicos de los que pertenecen a un ámbito propio. Pensamos que esta posibilidad no pasa necesariamente por la habilitación de condiciones materiales que den cuenta de aquello. El sentido general de nuestra propuesta apunta a la creación de intervenciones psicosociales que favorezcan y produzcan una historia individual y colectiva que dé cuenta del devenir de los grupos con los cuales se interviene. Se trata de hablar de la pequeña historia, de aquella que está ante nuestros ojos pero que no entra habitualmente en los registros de la historia de la *transparencia*. Las intervenciones psicosociales no pueden desligarse de las presiones de la cultura hegemónica que está dispuesta a escuchar casi un solo tipo de historia: aquella que refuerza el núcleo familiar y lo hace depositario de la administración de los afectos. Sin duda que hay otras historias, y son las que se construyen en los barrios, a través de la creencia y saberes populares, a través de mitos, a través de los miedos, rituales y ceremonias.

Pensamos que para favorecer el pensamiento de lo íntimo es relevante que los sujetos de la intervención puedan tener un espacio para hablar de su propio devenir, escucharlos y darle el lugar que tiene para cada uno. Asimismo, se requiere de profesionales respetuosos de la privacidad, atentos a recoger una historia cuando se quiere contar y también a permitir el silencio y la opacidad cuando las personas deciden dejar una historia para después. Más allá de las temáticas recurrentes a las cuales aluden las intervenciones tradicionales, se trata de posibilitar que cada grupo pueda contar aquellas historias que para ellos son importantes y que son constitutivas de su identidad. Por ejemplo, la historia que relata cómo los padres fueron los primeros habitantes de la toma de terrenos que ellos ocupan hoy. La que cuenta sobre la construcción de la casa, la llegada del agua potable, la historia de explotación sufrida generación tras generación.

Favorecer espacios de intimidad tiene que ver con cambiar el lugar del profesional, que pasa de ser un evaluador y un develador de identidades invisibles a un *testigo*; que en un lugar de acompañamiento se dedica a recorrer junto con los sujetos de la intervención un camino para él desconocido. Se trata de una experiencia en el que se escucha el relato de lo cotidiano como una historia digna de ser registrada y comunicada. La historia del familiar que está en la cárcel que, a pesar de todo, aunque viva en un ambiente particularmente adverso, se caracteriza por bañarse todos los días, con agua helada o caliente "con *shampú* y jabón". La historia del abuelo campesino que se levanta todas las mañanas para sacar adelante su pequeño campo, las habilidades de un pariente para el fútbol y de cómo los

sacó a él y a su familia de la pobreza, la historia de la mujer trabajadora que tuvo que sobreponerse a la explotación y abuso del patrón. Aquella que cuenta el levantarse más temprano que nadie para ir a buscar las verduras y frutas al mercado central para luego realizar su labor casi diaria de vender sus productos en la feria. Y principalmente, la narración de las primeras ilusiones, de las primeras esperanzas, los primeros amores que parecían sacados de un cuento para rescatarlos de la servidumbre y transformarlos en dueños de su propio destino. Lo cierto es que son pocas las historias que se cuentan al respecto, otros profesionales insisten en temáticas como el alcoholismo y la violencia. La historia de esfuerzo y sacrificio que les permite aún estar en pie, a pesar de la adversidad, se cuenta poco o nada. Se trata de dar lugar a una biografía que ya no sea sometida al juicio de la peligrosidad, o bien que pueda aportar o no a ganar confianza, sino como una historia que puede ser contada y que se pone al servicio de cada grupo familiar para aprender de ella y no repetirla como una necesidad sin sentido. Pensamos en el valor de la memoria, como un conjunto organizado de hechos que pueden dar sentido a la experiencia actual. La memoria no es almacenar datos, no consiste, como ocurre en la oficina municipal, en la acumulación de informes que están unos junto a otros, sino en la construcción de una historia que permita al mismo tiempo recordar y olvidar. La acumulación de información burocrática no olvida nada. El olvido es considerado como un error del sistema.

Es extraordinario el escaso valor que se le presta a la historia de amor de la pareja marginal. Amor, aunque precario, aunque dependiente, aunque ambivalente, aunque infantil, amor después de todo, que permite que un hombre y una mujer se vinculen pensando que tienen algo en común. Que su unión podría vencer la historia de precariedad anterior. Que existe una lucha contra el peso de la historia para construir algo nuevo, algo distinto a lo vivido. Las relaciones amorosas son vistas desde la intervención psicosocial tradicional como la repetición de patrones predecibles basados en la necesidad y surgidos de la precariedad y carencia. Proponemos reunir estas historias amorosas como las oportunidades de romper con una historia que se repite en silencio, aun cuando no cumplan con su cometido, pueden ser tomadas para el ejercicio que permita separar lo que es del espacio público y lo que no es. Sucede a menudo que la intervención psicosocial encasilla estas historias simplemente en el registro de VIF, de abuso o maltrato.

En nuestra intervención nos propusimos recoger distintas historias singulares. Por ejemplo ayudar a construir las historias de la cocina, lugar en donde aparece la dimensión de la transmisión. O la historia de los muebles, heredados de tiempo inmemoriales, recogidos aquí y allá: objetos de la casa que nos enseñan cómo se han construido los espacios íntimos y compartidos. La historia del trabajo, jornadas extensas que atentan contra la ocupación del tiempo en pasatiempos o en la exploración de habilidades

que no han podido desarrollar. Turnos de trabajo que hacen temer y dudar con quien dejar a los niños, el trayecto por las noches entre la ansiedad y desesperación por tener que dejarlos al cuidado de terceros por carecer de tiempo para poder compartir y hacer los deberes escolares en forma conjunta.

Finalmente muchas otras historias singulares, aquellas que condimentan y le dan sabor a cada día, a pesar del sufrimiento, que a pesar de los dolores llevados a cuesta, construyen una realidad y una memoria singular, aquella que ha sido por siglos olvidada, puesta en silencio. Mientras que para la ciudad los niños levantan "molestas algazaras" y sus madres "simulan lavar" al costado de algún canal (Salazar, 2007), para otros son los objetos de su memoria, los buques de papel que flotan, la carrera de palitos que navegan por el canal, la explotación, la soledad y los trapos sucios de otros. Historias de cada barrio, pequeñas historias, pero historias al fin y al cabo, quizás las más comunes, las más repetidas, las más usuales que no se cuentan, incluso a pesar de su evidente valor para ilustrar la relación que tenemos con el otro, la relación de los habitantes con la ciudad, los recorridos que por la fuerza y con toda la violencia obligamos a transitar a la mayoría de los miembros de esta misma sociedad.

Así, se pueden trazar nuevos límites, espacios de lo propio, de lo que les pertenece, de una identidad de la que se puede sentir orgulloso, a partir de la cual se puede ayudar a reparar la otra historia, la de la violencia sobre los hijos, la de los quiebres entre generaciones, la que impide vincularse con la realidad y que solicita su auxilio en el clonazepan marginal que es el alcohol. Así, los objetos del vínculo y el lazo con el otro no están en los objetos de la evasión, sino en los objetos de la historia y en los de *la memoria del otro*.

#### 4. REFERENCIAS

- Han, B. (2013). *La sociedad de la transparencia*. Barcelona: Herder.
- Goffman, E. (1970). *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu
- Salazar, G. (2007). *Ser niño huacho en la historia de Chile*. Santiago: LOM.